

de 1520. Pero Carlos contestó desabridamente al almirante, repitiendo la conducta seguida en 1517 con Cisneros (§ 566). Continuaron los procesos, los secuestros de bienes y todo género de vejaciones, hasta el perdón de 28 de Octubre, cuya limitación principal ya hemos indicado, y que exceptuaba también de él á muchos militares que habían servido á los comuneros, y á otras gentes. Sobre la mayoría de estos exceptuados, recayó bien pronto sentencia, ya de muerte, ya de otros géneros. Algunos fueron perdonados, por súplica de los procuradores del reino y de otras personas. El rey gestionó que le fuesen entregados los refugiados en Portugal, pero no lo consiguió. El conde de Salvatierra, preso, fué, según se cree, muerto en su prisión de Burgos en 1524. El obispo de Zamora fué ejecutado en 1526, no como comunero, sino como autor del asesinato de Mendo Noguero. En este año se ve ya al rey inclinado á templar sus rigores, de lo que dió algunas muestras, entonces y en años sucesivos.

616. Las Germanías de Valencia y Mallorca.—Contemporáneamente con el levantamiento de las Comunidades en Castilla, produjéronse otros dos, en Valencia y Mallorca, conocidos con el nombre de Germanías (de la voz catalana *germans*, hermanos; por tanto, Hermandades), aunque también hay documentos que les dan el nombre mismo que adoptaron las ciudades castellanas. Sin embargo, y aunque ambas revoluciones tuvieron puntos y causas comunes, hay en el fondo notable diferencia entre Germanías y Comunidades. Aquéllas son, ante todo, levantamientos de carácter social, especialmente la valenciana; éstas, aunque en sus postrimerías mostraron una animosidad grande contra los nobles, fueron, en su programa y en su dirección, fundamentalmente políticas. Por esta razón, de las Germanías hablaremos al tratar de las clases sociales, reservando para entonces (§ 670) los pormenores históricos oportunos.

Los agermanados de Valencia y Mallorca estuvieron en íntima relación. También la hubo, aunque breve y de poco efecto, entre los agermanados valencianos y los comuneros de Castilla. La inteligencia comenzó por Murcia, en virtud de su proximidad á la tierra valenciana. Proclamada en aquélla la Comunidad (17

de Mayo de 1520), salieron al punto dos comisionados para Valencia. Recibidos con gran simpatía y ceremonia, se juró la unión de ambas ciudades y su solidaridad en el levantamiento. Pero, como ya hemos dicho, estas relaciones fueron de escaso resultado en punto á una acción orgánica de las fuerzas de Castilla y Valencia. Cada cual tenía harto qué hacer en su propio país; y aunque Toledo hizo esfuerzos grandes, y después de él los hicieron las Juntas de Ávila, Tordesillas y Valladolid, para producir un acuerdo unánime en los grupos descontentos de todas las regiones, nada consiguieron.

Indirectamente, sí influyeron las Germanías en las Comunidades; pues obligaron á distraer fuerzas y á dividir la atención de los gobernadores, complicando más aun de lo que naturalmente lo estaba la situación política del cardenal y de sus compañeros de gobernación. La Germanía valenciana tuvo por singular consecuencia una política restrictiva respecto de los mudéjares, colonos y siervos de los nobles en aquella región (§ 672); la cual política, exasperando á los mudéjares vino al fin á producir un levantamiento de éstos, que costó mucho tiempo y mucha sangre reducir á las tropas reales enviadas al efecto.

617. Cuestiones internacionales.—Cuando el alzamiento de las Comunidades se hallaba en su período más crítico (Mayo de 1521), sobrevino una complicación que no podía, sin embargo, coger de sorpresa á los españoles. Esta complicación fué el ataque é invasión de los franceses por la parte de Navarra. Los comuneros entablaron relaciones con el rey de Francia, ya buscando apoyo en él, como lo buscaron en el de Portugal (así lo dicen testimonios franceses y, al parecer, también lo confesaron algunos comuneros), aunque quizá sólo para distraer las fuerzas de los gobernadores, ya siendo ellos los solicitados, cosa que parece lo más verosímil; pero ese intento de acción combinada no llegó á dar frutos, entre otras razones, porque no se produjo formalmente hasta después de Villalar. Por otra parte, hemos visto que tras de aquel suceso, las ciudades vencidas se apresuraron á enviar contingentes para recuperar las plazas de San Juan de Pie de Puerto y Pamplona, de que los franceses se habían apoderado, y levantar el sitio

de Logroño: cosa que se consiguió rápidamente, en Junio del mismo año (batalla de Noain: 30 de Junio).

El pretexto que el rey de Francia, Francisco, dió para aquel acto, fué apoyar las pretensiones de Enrique de Labrit, príncipe de Bearn, á la Corona de Navarra, renovando la cuestión planteada desde tiempo de Fernando el Católico y el cardenal Cisneros (§ 565 y 566). En rigor, esto no era más que un episodio de la lucha secular entre la monarquía francesa y la de Aragón, exacerbada con la concurrencia de Carlos y Francisco á la corona imperial de Alemania y la victoria del primero.

La batalla de Noain y la retirada del ejército francés, no hicieron más que alejar por algún tiempo el peligro por el lado de los Pirineos occidentales. Así lo reconocían los gobernadores, advirtiéndole al rey en cartas de Julio del mismo 1521. Además, la falta de dinero, la desorganización de las tropas y las rencillas que dividían al cardenal, el almirante, el condestable y otros nobles, dejaban en gran indefensión la frontera, tanto por el lado de Navarra como por el de Guipúzcoa.

En efecto, no se hizo esperar mucho una segunda invasión, que se verificó en Septiembre, apoderándose los franceses de Fuenterrabía y otros puntos fronterizos (Octubre) á la vez que Toledo seguía distraendo un cuerpo de ejército para su sumisión (§ 615). Los gobernadores procuraron reunir nuevas tropas en Vitoria y poner en defensa la ciudad de Pamplona. Para lo primero, hallaron grandes dificultades, por la eterna penuria de fondos, y aunque confiaban en «los más de estos reinos, en especial los nobles», tardó en juntarse el contingente necesario, y á poco de juntado se disolvió por la misma falta de recursos y las divergencias de los gobernadores, que dificultaban toda acción eficaz. El rey envió para que inspeccionase el estado de las cosas y le enterase fielmente de ellas, un delegado especial, que fué Don Diego Hurtado. Esto no resolvía la situación. Hacía falta que el rey viniese y pusiera orden por sí mismo.

Pero Carlos tenía hartó qué hacer en Alemania, donde las complicaciones eran muchas y muy complejas. Los príncipes electores obligaron al nuevo emperador á que les firmase un

compromiso formado de varios capítulos que, por curiosa coincidencia, repetían en parte otros de los pedidos por los comuneros españoles y que, en fin de cuenta, ligaban bastante al emperador y se dirigían á mantener el imperio independiente de la corona española. No estaban de más estas prevenciones, porque, no obstante su conducta con los españoles, el ideal político de Carlos había de hacerse pronto hispano-céntrico, á beneficio de la Corona de España, en quien acabó por vincular los Estados borgoñones y el dominio de la Italia septentrional (§ 629). Sus declaraciones en el parlamento imperial de Worms fueron, por de pronto, muy distintas. Por otra parte, el concepto que Carlos tenía de la dignidad imperial como institución divina, le había de conducir francamente á una política personal y absoluta y á un intento de robustecer su autoridad y de acabar con los múltiples poderes que había á la sazón en Alemania. Contra esto, era seguro que se levantaría gran oposición por parte de los príncipes alemanes.

A esa lucha inevitable, se unió la religiosa, producida por las predicaciones de Lutero y la formación del núcleo protestante. Carlos, que era favorable á la reforma de la Iglesia dentro de ciertos límites (§ 706), no lo era en manera alguna á las modificaciones del dogma; y si por motivos políticos contemporizó algún tiempo con Lutero, al fin se colocó resueltamente frente á él, después de la dieta de Worms. Ocurría todo esto en 1521, precisamente en los meses de mayor apuro para los gobernadores (§ 614) y en que más pedían el regreso del rey.

Para hacer frente á todas estas cuestiones—oposición de Francia, dificultades políticas en Alemania, lucha religiosa,—Carlos estaba en muy mediana situación. Sus apuros económicos eran continuos (§ 688) y sólo pudo ir saliendo de ellos, en parte, á cambio de graves conflictos, como el de los comuneros. Por otro lado, la falta de unidad del Estado Español (§ 681) le creaba, para caso de guerra con el extranjero, una inferioridad manifiesta, máxime si el enemigo era una monarquía tan unida y compacta como Francia. No podía contar Carlos con el apoyo de Inglaterra, no obstante el parentesco que le unía con el rey Enrique VIII (§ 562), porque la política de éste, ó mejor, de su consejero Wolsey, era muy ambigua y no acababa de decidirse

nunca (con toda reflexión) en pro ni en contra. El Papa era, de ordinario, más bien un enemigo seguro que un aliado probable, por las cuestiones de Italia; así, que Carlos apenas podía pensar en más fuerzas que las que España le prestase, la de algunos elementos amigos del imperio (en Austria, en Alemania y especialmente en Flandes), y las de su propio espíritu, tenaz y enérgico.

Al principio de su reinado, la política de Xevres le había dirigido á una alianza con Francia que se concretó en el tratado de Noyón (13 de Agosto de 1516), conforme al cual el rey Francisco cedía sus derechos sobre Nápoles á su hija Luisa, que se desposó con Carlos, el cual prometió dar satisfacciones á la reina de Navarra. Pero en aquel mismo año, ya pactó otra alianza con el Papa, el emperador é Inglaterra contra el monarca francés; de suerte, que el tratado de Noyón quedó sin eficacia. La lucha por la corona Imperial vino á complicar más la situación, y ya hemos visto cómo Francia tomó en 1521 la ofensiva.

618. La guerra con Francia.—El ataque de Francisco I á Navarra, hizo estallar la lucha también en Italia, en cuya parte Norte el monarca francés ejercía un poder positivo. Carlos contaba en aquel momento con el apoyo del Papa (León X) y con el de los magnates alemanes, quienes le prometieron un contingente armado para 1522. Inglaterra también se alió al emperador; pero, prácticamente, esta alianza le sirvió de poco, por la desconfianza de ambas partes y los esfuerzos que siempre hizo Wolsey para no romper abiertamente con Francia.

La campaña se desarrolló principalmente en Italia, y tuvo tres fases: la primera, favorable á Carlos, produjo la pérdida para los franceses de todo el N. de aquella península, desde Milán á Génova, y decidió por algún tiempo al rey de Inglaterra á un apoyo efectivo, que se tradujo en la devastación de las comarcas francesas del NO. Carlos recibió el refuerzo de Venecia y, aunque el Papa sucesor de León X (el cardenal Adriano) procuraba mantenerse neutral, también al cabo se le unió. Por último, los desaciertos de la madre de Francisco dieron por resultado que el más poderoso vasallo del rey de Francia, el duque Carlos de Borbón, rompiera la fidelidad á su

soberano y ayudase con sus tropas al emperador. El motivo de este rompimiento fué la pretensión de quitar al duque la herencia de su mujer difunta. Entablado pleito, Borbón vió amenazada su vida y entonces se decidió á aceptar la alianza con Carlos. Gracias á sus soldados, lograronse victorias en Italia y fué invadida la Provenza, hasta la misma ciudad de Marsella, que se resistió heroicamente. Las vacilaciones del rey de España y la lentitud de movimientos de sus tropas (en parte, causadas por la falta de recursos), impidieron que se sacase más provecho de aquellas ventajas. Por el lado de los Pirineos occidentales, se logró el recobro de Fuenterrabía.

La segunda fase de la campaña fué muy desfavorable á Carlos. Francisco levantó un ejército y entró en Italia (otoño de 1524), consiguiendo que se levantase el sitio de Marsella, recobrando á Milán y poniendo, á su vez, sitio á Pavía donde se refugió el general de Carlos, Antonio de Leyva. La situación era grave para el emperador, pues, al propio tiempo, Venecia y el Papa (por muerte de Adriano en 14 de Septiembre de 1523, lo era Clemente VII) le abandonaron; en Alemania era inminente una sublevación, y Carlos no podía fiar mucho de Inglaterra, ni aun de su propio hermano Fernando, que ambicionaba el ducado de Milán.

Las cosas cambiaron pronto y rápidamente, convirtiendo en favorabilísima la tercera fase de la campaña. El duque de Borbón, unidamente con el marqués de Pescara, se presentó delante de Pavía con un ejército de más de 20,000 hombres, cuyas fuerzas principales estaban constituidas por mercenarios alemanes y arcabuceros españoles. El 24 de Febrero de 1525, se libró una gran batalla entre estas tropas y las del rey de Francia, quien fué derrotado completamente, quedando él mismo prisionero. Conducido á España y encerrado, con todas las consideraciones naturales, en la torre de los Lujanes de Madrid, donde estuvo gravemente enfermo, firmó una paz (13 de Enero de 1526), en virtud de la que cedía á Carlos la Borgoña con sus antiguos límites, y se obligaba á renunciar todos sus derechos sobre Italia y Países Bajos, á restituir al duque de Borbón sus tierras y honores, y á poner á disposición del rey de España la armada francesa. Pero este tratado fué ilusorio. Francisco

estaba dispuesto á no cumplirlo, y no lo cumplió una vez recobrada su libertad. La situación volvía á presentarse comprometida para Carlos, pues poco antes, en 30 de Agosto de 1525, Inglaterra se había separado de su alianza y concertado la paz con el monarca francés, y en Italia el Papa y otros elementos conspiraban contra la dominación imperial. Dramático episodio del rompimiento de Inglaterra fué el martirio de la reina Catalina, hija de los Reyes Católicos y mujer de Enrique VIII, á quien éste trató de una manera inhumana, quizá, entre otras cosas, para romper con Carlos.

619. La guerra con el Papa.—Clemente VII, apocado é irresoluto, era sin embargo, en el fondo, como Papa y como italiano, enemigo del emperador. La victoria de éste en Pavia le alarmó sobremanera, y, como á él, á los venecianos y á otros compatriotas. Además, las consecuencias naturales de toda ocupación militar prolongada, sobre todo habiendo apuros para el pago de las tropas, empezaban á levantar protestas en el país, molestando por el autoritarismo de los jefes y la indisciplina de los soldados. Sin embargo, hasta Mayo de 1526, no se hizo efectiva una alianza titulada «Santa Liga» entre Francia, Venecia, Florencia, Milán y el Papa, con el apoyo de Inglaterra. El fin de esta Liga era arrojar á Carlos del N. de Italia, y, si se resistía, también de Nápoles, y obligarle á que libertase á los hijos de Francisco I, que habían quedado en rehenes para el cumplimiento del tratado de Madrid.

Carlos conocía lo que se tramaba en Italia, por confidencias de su general Péscara, y por medio de sus embajadores el duque de Sessa y Hugo de Moncada, trató de reducir al Papa, quien despreció las advertencias que se le hacían. Moncada, de acuerdo con las instrucciones recibidas, aprovechó la enemistad del Cardenal Colonna y su familia con el Papa, y apoyó á este partido. Los Colonna, después de engañar á Clemente VII con un falso convenio, asaltaron el palacio papal, hicieron huir á Clemente, quien se refugió en el castillo de Sant-Angelo, y saquearon los tesoros de la iglesia de San Pedro. El Papa se vió obligado á negociar con Moncada, pero se vengó de los Colonna asolando las tierras de éstos. El rey Carlos dirigió por entonces (17 de Septiembre) al Pontífice, un importante docu-

mento en que, al par que defendía sus derechos, atacaba duramente la conducta de aquél y amenazaba con reunir un Concilio, prometido á los protestantes. Con éstos, había en efecto temporizado temporalmente el emperador, para obtener de ellos apoyo, y consiguió que se reuniese un ejército de 11,000 soldados escogidos, el cual, al mando de un guerrero famoso, Jorge de Frundsberg, muy enemigo del Papa, cruzó los Alpes y se unió á las tropas de Borbón. La falta de recursos y la indole misma de las gentes reunidas, á las que se juntaron muchos italianos, trajo consigo un estado de indisciplina que los jefes fueron impotentes para reprimir. Borbón y Frundsberg se vieron amenazados de muerte, y el ejército siguió avanzando hacia Roma, no obstante la existencia de un armisticio con el Papa, arrastrando mal de su grado á los generales. El Papa ofreció dinero para que se retirasen; pero las exigencias de los soldados eran enormes é imposibles de satisfacer. Entonces declaró Clemente la guerra santa contra los invasores y se aprestó á la defensa con los escasos elementos con que contaba. El asalto de Roma se verificó el día 6 de Mayo (1527). En él fué muerto el duque de Borbón, cuya falta todavía aumentó más la indisciplina de los soldados (alemanes y españoles), quienes, tras apoderarse de la ciudad, la saquearon horriblemente y cometieron todo género de excesos y atropellos en personas y cosas, empezando por las sagradas. El Papa, refugiado en el castillo de Sant-Angelo, se resistió todavía un mes, pero al fin capituló. Los soldados penetraron en el castillo y despojaron de todas sus joyas á los cardenales y al Papa, saqueando las habitaciones.

La noticia de estos hechos llegó á España (aunque de manera muy imperfecta), á mediados de Junio, y causó terrible efecto. Aunque algunos españoles residentes en Italia consideraron el asalto de Roma como castigo providencial de culpas pasadas y presentes, y como aviso para que se acometiese resueltamente una reforma de la Iglesia, la opinión general española, profundamente católica, quedó aterrada al saber lo ocurrido. El rey, que quizá tuvo parte de culpa, pues aprobó el avance de Borbón hacia Roma, aunque nunca pudo figurarse qué consecuencias iba á traer, se dolió de éstas, y, como mues-

tra de duelo, mandó suspender las fiestas preparadas para celebrar el nacimiento de su hijo Felipe (21 de Marzo de 1527). No se apresuró, sin embargo, á sacar al Papa de la situación apuradísima en que se veía, prisionero de la soldadesca, que continuaba sus desmanes. Como otras veces, perdió tiempo en vacilaciones y ambigüedades, y hasta 31 de Octubre no se llegó á un convenio, mediante el que Clemente VII recobraba la libertad y el poder temporal á cambio de la más estricta neutralidad y de pagar á las tropas imperiales. Pero el Papa, antes de su liberación, se fugó, y esto hizo esperar á todo el mundo que se colocaría de nuevo, resueltamente, contra Carlos. Meses antes, el 31 de Julio, había éste dirigido á los príncipes cristianos un manifiesto deplorando lo ocurrido en Roma y declinando toda responsabilidad.

La desorganización del ejército imperial, que siguió á la toma de Roma, y el abandono en que Carlos tenía á su fiel Leyva (á quien llegó hasta acusar de defraudador) dieron ventajas á los franceses, quienes, á fines de 1527, eran otra vez dueños de casi todo el N. de Italia y se dirigieron contra Nápoles, ayudados por varios príncipes italianos. Por fortuna, Inglaterra (donde la opinión general era contraria á la política de Wolsey) no pudo ayudar á su aliada; y la peste que se declaró en el ejército francés sitiador de Nápoles, más el abandono que de la causa francesa hizo el almirante genovés Andrés Doria, por disgustos con el rey Francisco, impidieron el triunfo de éste. El Papa se resignó por de pronto, y volvió á Roma bajo la protección del Emperador.

Los ánimos deseaban la paz. Intervinieron en las negociaciones las principales damas de ambas casas reales, y, sobre todo, la tía de Carlos, Margarita, gobernadora de Flandes (por lo cual la paz concertada se llamó «de las damas»), y se llegó también á un tratado entre los monarcas español y francés (29 de Junio de 1529). Todavía se resistieron algo Venecia, Milán, Ferrara y Florencia; pero, al fin, la mediación del Papa y la intervención personal de Carlos, que se trasladó á Italia en Agosto, lograron la paz y el establecimiento de una alianza defensiva (25 de Diciembre) entre el Emperador, Clemente VII, el rey de Hungría, Venecia, Milán, Saboya y otras repúblicas

italianas. Dos meses después, se colmó el triunfo de Carlos con su coronación como emperador, que el mismo Papa hizo en Bolonia.

620. La cuestión del ducado de Milán.—Desde 1529 hasta 1536, hubo un intervalo de paz entre los dos grandes rivales Carlos y Francisco, personificación de los intereses políticos encontrados de Francia y el Imperio. Aprovechó esos años el Emperador para pasar á Alemania y tratar de resolver las cuestiones allí pendientes, según veremos (§ 628) y para realizar su primera expedición al África, de que se hablará en párrafo especial (§ 621).

En 1.º de Noviembre de 1535, falleció el duque de Milán, Sforza. El rey de Francia creía tener derecho á este ducado, feudo del Imperio, y Carlos, por su parte, también. El tratado de paz de 1529 daba á éste cierto derecho superior, y, á mayor abundamiento, habíase casado Sforza, poco antes de morir, con una sobrina del emperador.

Francisco se decidió prontamente por tomar lo que creía suyo, por la fuerza de las armas, y en Marzo de 1536 invadió la Saboya. En apoyo de esta acción había celebrado un tratado de paz y comercio con el soberano turco de Constantinopla, cuyo efecto fué que en aquel mismo año amenazase á Italia una escuadra mixta franco-turca.

Carlos contestó con rapidez al ataque, sujetando prontamente el Piamonte y entrando en Provenza, expedición que fracasó por haber los franceses previamente asolado el país. Pero tampoco ellos obtuvieron ventajas positivas, no obstante invadir parte de Flandes, donde por su conducta sembraron el terror. Los turcos atacaron especialmente las posesiones de la república de Venecia. Pronto se acordó un armisticio (1538), en cuya virtud el rey de Francia permitió poco después que Carlos pasase por aquel país para trasladarse á Flandes, donde le llamaban asuntos urgentes. La caballerosidad de Francisco en este caso contrasta singularmente con su mala fe de otras ocasiones, que era lo común y corriente en todos los políticos de aquellos siglos. Después de esto, volvió á trabajar contra Carlos todo lo que pudo, pero sin que se declarase la guerra hasta 1542. Francisco se preparaba para la nueva lucha mediante alianzas con

algunos príncipes alemanes y con Dinamarca y Suecia. El asesinato de dos embajadores franceses por soldados españoles en Junio de 1541, cerca de Pavía, fué un nuevo motivo para precipitar la ruptura preparada muy de antemano. Al principio, la campaña fué desfavorable para los franceses; en 1543, algunas victorias de ellos y de sus aliados turcos, les dieron ventajas. El emperador se vió en este trance apoyado por los protestantes alemanes y por una alianza secreta con Inglaterra, en la que se acordó el reparto de Francia. Con estos auxilios, Carlos penetró en Francia, dirigiéndose hacia París primero y hacia el N. después, apoderándose de Soissons. Pero, con gran sorpresa de la mayoría de las gentes, poco después (17 de Septiembre de 1544) se firmó en Crespy un tratado de paz, acompañado de un convenio secreto. En aquél, se estipulaba un arreglo de las cuestiones de Italia mediante el matrimonio del duque de Orleans, hijo segundo de Francisco, con una hija ó una sobrina de Carlos. En el segundo, se obligaron ambos reyes á celebrar un concilio general, quisiese ó no el Papa, para tratar de la reforma de la Iglesia. A pesar de esto, el rey de Francia volvió á buscar la alianza de los turcos y los protestantes para renovar la guerra, y lo hubiese hecho así, á no sobrevenirle la muerte, en 31 de Marzo de 1547. Con él desapareció un gran enemigo personal de Carlos, pero no la oposición fundamental entre Francia y los Habsburgos (y, por reflejo, España), que había de tener graves consecuencias.

621. El peligro turco.—En 29 de Mayo de 1453, los turcos se apoderaron de Constantinopla, y este hecho produjo inmediatamente consecuencias, como ya vimos (§ 595), en el comercio de España y en su política (§ 561). El peligro que representaban los piratas berberiscos y argelinos era cada vez mayor, porque sus desembarcos en tierra española menudeaban y no se reducían, las más de las veces, á simples ataques á los puertos de mar, sino que entraban tierra adentro. También eran motivo de temor las inteligencias, reales quizá algunas veces, sospechadas siempre, entre los africanos y los moriscos españoles.

Por otra parte, las expediciones y conquistas de tiempo de Isabel I y de Cisneros habían creado intereses españoles en

Africa y relaciones políticas, que convenía defender, con los reyes de Túnez, Argel y Tremecén (§ 565). Era seguro que éstos procurarían romper la dependencia en que quedaron, con el auxilio de los turcos, quienes, además de dominar parte de África, se mezclaban, como hemos visto, en las contiendas de los reyes cristianos. Finalmente, el afán que los turcos tuvieron de extender sus dominios europeos por el N. del Danubio, hería directamente las posesiones de la casa de Austria y ponía en peligro al imperio alemán.

La situación se agravó, por lo referente á España, con la aparición en Argel y Túnez de un aventurero musulmán, conocido por el apodo Barbarroja, afortunado y audaz pirata, que era el terror de los navegantes del Mediterráneo. El rey de Argel solicitó su auxilio contra los españoles y, como sucede á menudo en casos tales, el auxiliador se convirtió pronto en dominador. Asesinado el rey de Argel, Barbarroja colocó en el trono á su hermano Horuc, quien extendió su dominación por otros territorios contiguos. Esto trajo un primer choque con los españoles, quienes dieron muerte á Horuc (1518). Acudió entonces Barbarroja al emperador turco, poniendo bajo su protección el reino de Argel, y obtuvo, al propio tiempo, el nombramiento de almirante de la escuadra turca. Poco después conquistó el reino de Túnez, y desde allí amenazó las costas italianas.

Por muchas razones, implícitas en lo dicho anteriormente, importaba á España acabar con aquel poder. Carlos quiso dirigir en persona la expedición, y con una flota respetable, que conducía 30,000 hombres, se presentó en las aguas de Túnez y se apoderó del fuerte de la Goleta y de la capital (1535), arrojando del trono á Barbarroja y restituyendo al rey que éste destronó. El efecto de esta campaña fué, más que todo, moral, quebrantando el poder de Barbarroja. Esto aparte, se consiguió la libertad de un número considerable de cautivos (20,000, según algunos autores), que los musulmanes habían traído de sus frecuentes expediciones á tierras cristianas.

El nuevo período de luchas con Francia, que comienza en 1536 (§ 620), puso un largo intervalo en las campañas africanas. Reanudólas Carlos en 1541, dirigiéndose á conquistar el

reino de Argel; pero escogió, contra la opinión autorizada del almirante Doria, una estación del año poco propicia. La expedición fué desastrosa y el ejército se tuvo que reembarcar sin haber conseguido nada y con grandes pérdidas. Años después, tropas españolas (enviadas por Carlos á Hungría en socorro del rey Fernando, contra quien se habían sublevado algunos vasallos) guerrearon en Transilvania contra los turcos, contribuyendo en gran medida á contener el avance de éstos por tierras europeas.



Fig. 2.—Ejército de Carlos V en la conquista de Túnez. (Según un tapiz de la época).

622. Expansión colonial en Centro América.—Mientras el rey Carlos derrochaba del modo que hemos visto la sangre y el dinero de sus súbditos, la exploración de las Indias Occidentales adquiría un rapidísimo desarrollo y se completaba con la conquista militar de la mayoría de los territorios descubiertos. En 1517 conocíanse las Antillas é islas del golfo de Méjico; algo de la Florida; gran parte de la América Central, á un lado y otro del istmo; las costas de las actuales repúblicas de Colombia y Venezuela, y el litoral del SE. hasta el Río de la Plata (§ 560). No hubiera sido aventurado afirmar entonces que si,

políticamente, el centro de irradiación sería la isla de Haití, donde residía el gobernador general, geográficamente lo habría de ser, sobre todo, la Región de Tierra Firme llamada luego Castilla del Oro, especialmente á partir del descubrimiento del Pacífico (1513). Hacia el N. y hacia el S., el camino estaba abierto é incitaba con novedades que los relatos de los indios se encargaban de abultar enormemente.

Aparte el afanoso deseo de encontrar yacimientos de oro, que movía á los más de los exploradores, preocupaba ya á éstos la idea de encontrar un canal ó estrecho que se suponía existir entre ambos Océanos y de que hablaban las Cartas de Vesputcio (§ 560). A una y otra causa obedecieron, como hemos de ver, todas las expediciones hechas desde 1517 á 1556.

En Tierra Firme habíanse establecido, mediante concesión del Rey, Ojeda ú Hojeda y Nicuesa. El primero, fundó en 1510 la colonia de Uraba. El segundo, la llamada Nombre de Dios; y Núñez de Balboa, con Enciso, la de Santa María de la Antigua, en el golfo de Darién. Con Balboa, nombrado en 1513 jefe de aquellos territorios, iba un joven extremeño, llamado Pizarro, el cual quizá concibió la primera idea de la conquista del Perú al oír las noticias vagas que de este país les dió un cacique indio del golfo de San Miguel. Sucedió en el mando á Balboa, Pedro Arias ó Pedrarias, hombre cruel y sin dote alguna de organizador, durante cuyo gobierno fueron sacrificados inhumanamente muchos indios y el mismo Balboa decapitado por sospechas de querer declararse independiente, aunque más bien se debió esto á la envidia de Pedrarias. Preparábase entonces Balboa para explorar por mar las costas del Pacífico. Poco antes había realizado Morales, sobrino de Pedrarias y tan cruel como éste, una expedición para conquistar las islas de las Perlas, llamadas así por las pesquerías de perlas abundantes que en ellas existían.

El sucesor de Balboa en el mando de la escuadrilla, Espinosa, fundó la ciudad de Panamá (1519), y recorrió los territorios del istmo, al paso que Hurtado visitaba por mar la costa hasta el golfo de Nicaya. Siguiéron á éstos los viajes de Gil González, que descubrió el país de Nicaragua (1521), visitando el lago de este nombre, y más tarde subió por el otro

lado hasta la desembocadura del río Ulea (Puerto Caballos) y el cabo de Honduras (1524). El piloto de Gil González, Andrés Niño, había llegado antes hasta Chiapa (Méjico), según se cree. Otro subordinado de Pedrarias, Francisco Fernández de Córdoba, fundó las ciudades de Nueva Granada y Nueva León.

El primer viaje que tocó en el Yucatán, fué dirigido, en 1517, por el citado Hernández ó Fernández de Córdoba, á quien envió el gobernador de Cuba, Velázquez. Allí se dieron cuenta, por primera vez, de la gran civilización del pueblo maya (§ 774), pero no pudieron desembarcar, porque los naturales los rechazaron con grandes pérdidas. Reconocieron parte de la costa N. y O. de la península hasta Campeche, y luego marcharon á Florida. En 1518, nuevo viaje al mando de Grijalva, que tocó también en Yucatán y siguió adelante hasta Tampico (Panuco), ganando muchas riquezas. Por el parecido que las casas (de mampostería) de aquel nuevo país tenían con las de España, dieron á lo conquistado el nombre de Nueva España, que le quedó en adelante.

623. La conquista de Nueva España.—El buen éxito de esta expedición dió lugar á la tercera, dirigida por un extremeño llamado Hernán Cortés, que ya se había distinguido como militar en la conquista de Cuba. Salió Cortés de esta isla (1519) con 11 buques, 400 soldados, 200 indios, 32 de caballería, 10 cañones y 4 culebrinas. Era Cortés el hombre á propósito para aquella empresa. Valiente, sufrido, discreto, culto, capaz de concebir los más altos planes políticos y de llevarlos á cabo con tenacidad, y sabiendo valerse de todas las circunstancias favorables, supo en corto número de meses adueñarse de un Estado vasto y poderoso, que á otro conquistador de condiciones menos sobresalientes hubiese costado dominar, con enorme derramamiento de sangre, quizá muchos años. Llegada la expedición á Yucatán, libró su primera batalla, con éxito favorable, en el río Tabasco, obteniendo la sumisión de los caciques del contorno. Siguiendo la costa, desembarcó Cortés (21 de Abril) en el punto en que se fundó más tarde la ciudad de Veracruz, y allí le fué á visitar el gobernador del país, dependiente del emperador, que residía, tierra adentro, en la ciu-

dad de Méjico. Comunicada la noticia de la llegada de los españoles, el emperador, llamado Moctezuma ó Motecuhzoma, trató de desviar el peligro que se le venía encima, enviando á Cortés grandes regalos (oro, principalmente) con el ruego de que desistiese de seguir adelante. Cortés, á quien los regalos recibidos y las noticias que oía sobre la grandeza del Estado mejicano avivaron los deseos de conquista, desoyó el ruego y siguió adelante. Desde el primer momento, halló auxilio en la tribu de los totomacos, á cuya capital, Cempoala, se trasladó.



Fig. 3.—Hernán Cortés

Allí adquirió la convicción de que el imperio de Moctezuma estaba compuesto de elementos muy heterogéneos, dominados políticamente por uno de ellos, el azteca (§ 774), pero dispuestos los más á emanciparse á la primera ocasión; y comprendió que este hecho, bien aprovechado, le sería altamente favorable para el logro de sus designios. Con el fin de evitar desertiones en su reducido ejército, hizo varar ó barrenar todos sus buques, cortándose así la retirada (procedimiento heroico que pudo ser fatal á los expedicionarios), y emprendió el camino tierra adentro con sólo 315 españoles, 1,300 auxiliares totomacos y 7 piezas de artillería. La dirección de su viaje fué por Jalapa y los desfiladeros de la sierra que limita la meseta

de Anahuac, en la que penetró por el N. del cerro de Perote para ir á Tlascalca, capital de una república semi independiente. Los tlascaltecas opusieron al principio gran resistencia á los invasores; pero, vencidos en una batalla, se aliaron con Cortés y fueron desde entonces poderosos y fieles auxiliares de los españoles. De Tlascalca marchó el ejército á Cholula, donde Cortés, con el fin de desbaratar y castigar una traición que le denunciaron los tlascaltecas como preparada por el emperador (aunque, según parece, no fué cierta), realizó una terrible matanza de cholultecas—más de seis mil,—á la vez que los auxiliares de Tlascalca saqueaban la ciudad. Desde Cholula pasaron los españoles á Iztallapán y á Méjico, donde entraron el 8 de Noviembre. Recibidos al principio con gran agasajo, pronto supo Cortés que la escasa guarnición dejada en Veracruz había sido atacada á traición por orden de Moctezuma. Decidió entonces apoderarse de la persona de éste, como medida de seguridad, tanto más necesaria cuanto que la desproporción entre las fuerzas españolas y las aztecas era enorme. Lo hizo así violentamente, y Moctezuma, dominado por Cortés, después de castigar un intento de sublevación de algunos de sus nobles, terminó por someterse plenamente al rey de España, á quien ordenó se pagasen de allí en adelante los impuestos. Cortés se instaló en la capital como gobernador; y para explorar el país, envió diferentes expediciones, con el auxilio de funcionarios aztecas y sobre la base de mapas que éstos tenían.

Pocos meses después, un suceso imprevisto obligó á Cortés á salir de la ciudad de Méjico. El gobernador de Cuba, Velázquez, había tratado de detener la expedición de Cortés antes de partir de la isla; pero Cortés, haciéndose el desentendido, la realizó conforme el propio Velázquez le había ordenado anteriormente. Quedó el gobernador muy resentido por esta desobediencia; y su enemiga contra Cortés subió de punto al saber el grandioso éxito de éste. Para destituirlo y prenderlo, envió (contra las órdenes del virrey) una fuerte columna de 800 hombres, al mando de Pánfilo de Narváez. Sabedor de esto Cortés, marchó en busca de su adversario, y, atacándolo por sorpresa cerca de Cempoala, lo venció totalmente. Los soldados

de Narváez se agregaron al ejército del conquistador, é inmediatamente Cortés regresó á Méjico, donde era necesaria su presencia por haberse sublevado el pueblo, justamente irritado por una cruel é inútil matanza de nobles, realizada, sin provocación previa, por Alvarado, teniente de Cortés, en ocasión de estar aquéllos celebrando una fiesta en el templo mayor (20 de Mayo de 1520). La situación llegó á hacerse tan apurada, que Cortés tuvo que obligar á Moctezuma á que arengase á sus antiguos súbditos, prometiéndoles que los españoles saldrían de la capital si cesaban de molestarlos; pero los amotinados, enfurecidos por lo que consideraron acto de cobardía y dirigidos por un noble llamado Cuitlahuac, dispararon contra el emperador flechas y piedras, hiriéndole. Moctezuma rechazó toda asistencia facultativa, y según dicen unos historiadores, murió á consecuencia de esto tres días después (30 de Junio); aunque otros historiadores, al parecer más aproximados á la verdad, aseguran que fué asesinado por los españoles, juntamente con varios nobles prisioneros. Cortés y sus tropas tuvieron que evacuar la ciudad perseguidos por los aztecas, que habían elegido un nuevo emperador llamado Cuitlahuactzín, el cual, con su acertado ataque, causó á los españoles mucha pérdida de hombres. Tuvieron éstos que huir, rodeando el lago en que se asienta Méjico, hacia la llanura de Otumba, donde les aguardaba un ejército de 200,000 indígenas. El choque fué rudo, y se batalló más por la vida que por la victoria. Obtuvo ella no obstante los españoles, y en los meses siguientes, con nuevos refuerzos de compatriotas y auxiliados por los tlascaltecas, sujetaron todo el país situado entre el Popocatepelt y Citlaltepelt. En Diciembre se dirigió de nuevo Cortés á la capital, donde un tercer emperador, Cuauhtemotzín (Guatimozín), organizaba la resistencia. Hasta el 13 de Agosto de 1521, y después de innumerables combates á que obligaba la defensa heroica de los aztecas, no logró Cortés apoderarse de Méjico; pero una vez dueño de él, todo el país vecino se sometió. Cortés completó este triunfo con varias expediciones, resultado de las cuales fueron subyugadas las regiones de Michoacán, Oaxaca, Colima, Tabasco y Panuco. En 15 de Octubre de 1522, Cortés era formalmente nombrado lugarteniente del Rey en Nueva España.

624. Nuevos descubrimientos y conquistas en Centro y Norte América. — No se contentaba Cortés con lo conseguido hasta entonces. Quería completarlo con una exploración detenida del Pacífico, la ampliación de la conquista hacia el SE. y el descubrimiento del supuesto canal entre los dos mares, á lo cual, también, le excitaron órdenes del monarca español (1523) deseoso de encontrar camino marítimo rápido para el Asia fuera de la ruta de los portugueses. Al efecto, organizó Cortés diferentes expediciones: una, de Alvarado, que sometió los países de Telmantepec y Soconusco, la extensa región de Guatemala, y llegó hasta Cuscatlán (San Salvador), en 1523; otra, de Cristóbal de Olid (1524), á Honduras, donde quiso hacerse independiente, obligando á Cortés al envío de una columna para vencerlo: el jefe de ésta, Las Casas, fundó la ciudad de Trujillo (1525); una tercera, dirigida por el mismo Cortés (1524) la cual, tras grandes penalidades, y pasando por Tabasco, Tepetitán, Iztapa, Acalán, el lago de Petén y el río Pellochi (donde halló una colonia de las fundadas por Gil González hasta su desembocadura, fundó allí la ciudad llamada Natividad y una cuarta, de Hurtado de Mendoza, que por la costa que sigue al golfo de Darién, buscó inútilmente el ansiado estrecho.

En 1527, Cortés marchó á España, disgustado por el envío que el rey hizo á Méjico de un gobernador, encargado también de inspeccionar la gestión de Cortés, y por las acusaciones que contra él se hacían en la corte. Recibido con gran solemnidad por Carlos I, éste le nombró marqués del Valle de Oaxaca con donación de extensos terrenos, y le confirmó en la jefatura militar de Nueva España, pero no en la civil. De regreso á Méjico, en 1530, reanudó sus expediciones (1532), dirigiéndose hacia el N., por mar. En ellas, llegó Hurtado de Mendoza hasta California; Grijalva y Acosta descubrieron las islas de Revillagigedo (1533); el mismo Cortés subió 50 leguas más arriba de la bahía de la Paz (1535-37), y Ulloa alcanzó la altura del Cabo Bajo. Pero ninguno de estos viajes, aunque fructíferos para la geografía, lo fué para la colonización. Quiso Cortés repetirlos y se opuso á ello el virrey de Nueva España, por lo que Cortés decidió ir en queja á la metrópoli, donde desembarcó en 1540. Recibiólo el rey con gran frialdad y dilató

resolución de la queja en tal forma, que antes de que diese una solución, murió Cortés, á los 65 años de edad (2 de Diciembre de 1547). Cuéntase que, en cierta ocasión, Cortés trató de hablar al Monarca acercándose al estribo del coche de éste. Carlos le preguntó, como si le desconociera: «¿Quién sois?», y Cortés contestó con gran dignidad: «Soy un hombre que os ha ganado, Señor, más provincias que ciudades os legaron vuestros padres y abuelos». La anécdota, si no es cierta, es verosímil, dado el carácter del rey.

Mientras tanto, continuaban los esfuerzos de los exploradores para descubrir las costas del N. del golfo, penetrar en la Florida y hallar por este lado la comunicación marítima entre ambos Océanos. En 1520 y 1526 realizaron viajes á la Florida, sin resultado, Ponce de León y Vázquez Ayllón. Poco después, el capitán Pineda, enviado por el gobernador de Jamaica, Garay, exploró toda la costa desde aquella península hasta Méjico, descubriendo el Mississipi. La extensión de tierra comprendida entre Florida y el río Panuco, límite con Méjico, fué llamada Tierra de Garay, y el rey la concedió más tarde á Pánfilo de Narváez, quien en 1528 realizó una expedición de conquista al interior, expedición desastrosa, de la que sólo se salvaron cuatro individuos, los cuales hicieron á pie, y en medio de los mayores sufrimientos, el recorrido que media entre la desembocadura del Mississipi y California, pasando por el Arkansas, el Canadián y los actuales territorios de Nuevo Méjico y Arizona. Otra tentativa, hecha por Hernando de Soto, en 1538, penetró en la Georgia actual, según parece, y, dirigiéndose luego al O., tras muchas penalidades y desastres, llegó con número escaso de soldados á Penuco.

En 1530, Nuño de Guzmán avanzó desde Méjico hacia el N. y fundó la colonia de Culiacán. Animado por fabulosas noticias que esparcieron los sobrevivientes de la tropa de Narváez, el virrey Mendoza ordenó que se hicieran expediciones hacia el N. con ánimo de descubrir los países riquísimos de que se hablaba. Fueron varias estas expediciones: una de Marcos de Niza (1539), y otras de Coronado y sus tenientes Melchor Díaz y Alarcón. Merced á ellas, se exploró la región al E. de California, llegando, por un extremo, hasta el río Colorado, que se

navegó en parte (85 leguas), y hasta cuyo Gran Cañón arribó un destacamento, y por otro, atravesando el Arkansas hasta el Misuri (país de Quivira). Otras expediciones posteriores llegaron hasta el paralelo 43° (1542-43), reconociendo las costas de la Baja y Alta California y determinando la naturaleza peninsular de esta comarca, opinión que no llegó á arraigar, porque la mayoría seguía creyendo que la California era una isla. Toda esa parte septentrional de Nueva España se llamó Nueva Galicia.

625. Conquistas del Perú y Chile y descubrimiento del Amazonas. — Ya hemos visto (§ 622) que en una de las expediciones de Balboa, adquirieron los españoles las primeras vagas noticias del Perú ó Birú. Confirmáronse con datos más precisos en 1522, y esta confirmación decidió el ánimo del extremeño Pizarro á explorar y conquistar aquellas tierras que se extendían al S. de Nueva Granada y que, al decir de los



Fig. 4.—Francisco Pizarro

indios, eran riquísimas. En 1524 realizó Pizarro su primera expedición, con el auxilio en dinero del clérigo Fernando de Luque (que habitaba en Panamá) y el militar de Diego de Almagro, hombre valiente, de prestigio guerrero, sufrido y leal, que había ido á América en busca de fortuna. Pizarro y Almagro adquirieron en este viaje la convicción de que las noticias dadas por los indios no eran exactas. En 1526 una nueva expedición, dándoles más amplio conocimiento del Perú (que hallaron ser un vasto imperio, civilizado y muy fuerte), les hizo comprender la necesidad de más elementos militares de los que traían. Almagro fué en busca de ellos á Panamá, y Pizarro quedó esperándole, primero en el río de San Juan, y luego en la isla

del Gallo, y por fin en la Gorgona. Recibidos algunos refuerzos, desembarcó cerca de Túmbez (bahía de Guayaquil), ciudad amurallada, cuyo templo estaba cubierto de láminas de oro y plata. Pizarro advirtió bien pronto que, aun con todos los recursos que desde Panamá pudieran enviarle, la conquista del Perú no era hacedera, y que tampoco convenía entrar en ella sin autorización directa del rey. Se embarcó, pues, para España, vió al monarca y, en 21 de Junio de 1529, firmó con éste un convenio según el cual quedó nombrado Pizarro adelantado del Perú, Almagro gobernador de Túmbez, Luque obispo de esta ciudad, y el piloto Ruíz piloto mayor de aquellos mares, y se auxiliaba la expedición con artillería y caballos. Este contrato disgustó mucho á Almagro, quien, de conformidad con lo pactado antes entre él y Pizarro, esperaba ser lugarteniente de éste.

En Enero de 1531 salió de Panamá el ejército de Pizarro, fuerte tan sólo de 227 hombres. En Túmbez supo que existía una contienda dinástica entre el emperador ó Inca del Perú, Atahualpa, y su hermano Huascar, á quien aquél había vencido y tenía prisionero. Atahualpa hallábase á la sazón con sus tropas en Cajamarca. A este punto se dirigió Pizarro con 168 hombres, y al paso fundó la colonia de San Miguel, luego Piura. El Inca, sabedor de la llegada de aquellos extranjeros, envió emisarios para enterarse de quiénes eran y con qué fuerzas contaban, y para invitarles á ir á su campamento. En éste había entonces 40,000 soldados. Celebrada una primera entrevista con Atahualpa, Pizarro comprendió que sólo la astucia y un atrevido golpe de mano podrían darle ventajas sobre aquel numeroso ejército. Repitió la estratagema de Cortés en Méjico y se apoderó del Inca. Las tropas peruanas se dispersaron después de un combate en que murieron muchos hombres.

Sabedor Huascar de la prisión de su hermano, se dirigió á Cajamarca para hacer valer sus derechos; pero en el camino fué asesinado por orden de Atahualpa. Éste ofreció por su rescate llenar de oro, hasta la altura mayor que con la mano pudiese alcanzarse, una habitación de 374 pies cuadrados. Para reunir el oro necesario, salieron, con órdenes del Inca, varios destacamentos españoles, que recorrieron gran parte del país

(Pachacamac, Jauja, Cuzco). Pagado el rescate, no dió Pizarro libertad á Atahualpa. Acusándole de preparar sublevaciones del país, de haber mandado asesinar á Huascar y de otros delitos, lo hizo ahorcar (29 de Agosto), contra el parecer y las protestas de Hernando de Soto y otros capitanes que acompañaban á Pizarro. Esta innecesaria crueldad hizo que el país se sublevase efectivamente; mas Pizarro, cuya tropa había tenido aumentos traídos por Almagro, siguió victoriosamente hasta Cuzco. Pizarro hizo nombrar inca al noble peruano Manco, el cual se declaró súbdito del rey de España. Un año después, próximamente (el 6 de Enero de 1535), fundó el caudillo español la Ciudad de los Reyes, más tarde Lima.

Almagro prosiguió la conquista hacia el Sur (Chile), donde entró por el valle de Copiapó, tras el penosísimo y heroico paso de los Andes, en que muchas veces estuvieron á punto de perecer los expedicionarios (1536). Llegó Almagro hasta el río Maule, sin encontrar los provechos que buscaba, y regresó en seguida al Perú. Allí le fué comunicado su nombramiento real de gobernador independiente de las tierras del Sur, á partir de una línea situada 270 leguas más al Sur del río Santiago. Pretendió Almagro que Cuzco se hallaba comprendido en su gobernación (cosa inexacta), y se apoderó de ella, prendiendo á dos hermanos de Francisco Pizarro. Siguióse una guerra civil entre los Pizarros y Almagro, en que éste, vencido en una batalla y hecho prisionero, fué agarrotado; pero un hijo suyo continuó la lucha y asesinó al adelantado del Perú (Julio de 1541). Fué preciso que el rey enviase como alcalde real á Vasco de Castro, para que se restableciese la paz, no sin castigo de unos y otros contendientes.

Años después (1544) estalló otra sublevación capitaneada por Gonzalo Pizarro, por motivos que se relacionaban con el trato de los indígenas (§ 675). Vencido y muerto el virrey Blasco de Núñez Vela (1546), fué preciso el envío de tropas de nuevo virrey, La Gasca (1547), para reducir á Pizarro y los suyos. Gonzalo fué condenado á muerte.

Mientras en el Perú se destrozaban mutuamente los dos partidos citados, otro español, Pedro de Valdivia, reanudó la conquista de Chile comenzada por Almagro. Salido del Perú

en 1540, fué avanzando, no sin librar combates con los indios, hasta el río Mapocho, en cuyo margen, y al O. del cerro Hue-len, fundó la ciudad de Santiago (12 de Febrero de 1541), estableciendo para su gobierno un cabildo. A poco se sublevaron varias tribus, y habiendo marchado Valdivia, á someterlas, otras atacaron la nueva ciudad donde sólo quedaban 50 soldados. Aunque éstos lograron al fin derrotar á los indios, Santiago quedó enteramente destruida y, Valdivia, que regresó pronto, la hizo reedificar con mayor solidez que antes. Llegados algunos recursos del Perú, se verificaron dos expediciones, una al Biobío (1544-45) y otra al N., donde se fundó la ciudad de la Serena. Tras una ausencia de dos años, durante los cuales Valdivia estuvo en el Perú, á las órdenes de La Gasca, volvió á Chile, y organizada otra expedición hacia el S., durante la cual tuvo que sostener muchos combates con los indígenas, llegó al punto que hoy ocupa la ciudad de Penco, fundando en él la de Concepción (Marzo de 1550). Poco tardaron en atacarla los indios araucanos, á quienes venció Valdivia. Éste, con el fin de atemorizar á las tribus, tuvo la crueldad de cortar las narices y la mano derecha á 400 prisioneros. Tomando como punto de partida Concepción, se siguió explorando el territorio y fundando varias ciudades y fuertes: Imperial, Valdivia, Villarrica, Arauco, Tucapel, Puren y otros. En 1553, nueva sublevación de los indios, dirigidos por el indígena Lautaro, que conocía la táctica de los españoles por haber estado con ellos algún tiempo. Merced á sus indicaciones, los araucanos vencieron á Valdivia, quien cayó prisionero y fué martirizado. El sucesor de Valdivia, Francisco de Villagrán, continuó la campaña en 1554 y años siguientes con mal éxito, hasta que en 1557 pudo sorprender en su campamento á Lautaro y lo venció, con muerte del caudillo araucano.

Por el lado del Perú avanzó también la conquista bastante en los últimos años del reinado de Carlos I. Ya en 1535 un español llamado Pedro de Anzures había conquistado el territorio de Charcas, en el cual fundó en 1530 la ciudad de La Plata (Chuquisaca). Gonzalo Pizarro, hermano de Francisco, intentó una expedición al E., más allá de Quito, y parece que llegó hasta la catarata del Caudo, en el río Napo. De allí tuvo que

retroceder; pero un subordinado suyo, Orellana, que iba embarcado, siguió adelante y descubrió el río Marañón, navegando por él hasta su desembocadura, desde donde se dirigió, costeando, á la isla Margarita. La circunstancia de haber encontrado Orellana varias aldeas habitadas exclusivamente por muje- res, que pelearon como guerreros, hizo dar al Marañón el nombre del río de las Amazonas, que hoy lleva. Por el lado de Tierra Firme, Fernández de Lugo, primero, y después, Ximenez de Quesada (1536), había extendido la colonización hacia el interior. Huesada fundó á Santa Fe de Bogotá, Tuaja, y Velaz, y exploró el río Grande ó Magdalena. En la costa de Venezuela, Juan de Ampués estableció en 1527 el principio de una colonización sólida, fundando el pueblo de Santa Ana de Coro (Golfo de Maracaibo). Poco después, otros gobernadores y expedicionarios se extendieron por el interior, dando origen á los pueblos de Barquisimeto, Valencia, Trujillo, y algunos más. Afianzaron estas conquistas otras expediciones hechas posteriormente, de modo que casi todo el N. de América meridional quedó recorrido.

626. Los descubrimientos de Magallanes y sus consecuencias.—Desde la publicación de las cartas de Vespuccio corrian por Europa (§ 560) noticias, aunque vagas, de la existencia de un paso á las Indias por el Sur de América. Algunos mapas de 1515 indican ya ese paso, aunque con error. Españoles y portugueses intentaron hallarlo, y la expedición de Solís (§ 560) fué ya con ese propósito, según consta por sus capitulaciones. A los primeros importaba sobremanera encontrar ese paso, para llegar á las regiones de Asia, donde los portugueses hacían el comercio de las especias. Un marino portugués, Fernando de Magallanes, fué quien concibió el plan de una expedición decisiva. Magallanes había estado en las colonias portuguesas de la India y de las islas del Sur, y conocía, por un piloto amigo suyo, el descubrimiento de las islas Molucas que, por su situación, creyó debían pertenecer de derecho á España. Naturalizado aquí, presentó el plan de su viaje al Rey y éste lo aceptó, firmándose el consiguiente convenio entre el Monarca, de una parte, y Magallanes y su amigo Faleiro, de otra. A éstos se les concedió por diez años el pri-

legio exclusivo de recorrer el paso que encontrarán, hasta las islas Molucas; de cobrar un veintavo de las rentas de las islas que descubriesen, si no pasaban de seis, y, en caso de ser más, la 15 ava parte de dos de ellas y $\frac{1}{3}$ del beneficio total del primer viaje, con más el título, para Magallanes y sus hijos, de adelantado y gobernador. El 20 de Septiembre de 1519, salió la expedición compuesta de cinco buques, dirigiéndose á la costa del Brasil, que recorrió en parte, y luego á la desembocadura del Plata, donde Magallanes dió á una colina, cuya forma hubo de chocarle, el nombre de Monte Vidia ó Video (hoy Montevideo). Sublevadas parte de las tripulaciones, las redujo Magallanes á la obediencia en Puerto San Julián, y después de muchas vicisitudes, descubierta la tierra que llamó Patagonia por haber juzgado que los habitantes de ella tenían los pies muy



Fig. 5.—Fernando de Magallanes

grandes, atravesó con sólo tres buques el canal ó paso que lleva desde entonces su nombre (28 Noviembre de 1520), desembocando en el mar Pacífico. Una vez en él, se dirigió hacia el N. y luego hacia el NO., descubriendo varias islas de los grupos Marianas, Ladrones y Filipinas. En Cebú entraron en relaciones con el jefe de la isla, que ya tenía noticias de los portugueses, dueños de tierras próximas. Magallanes se comprometió con aquel jefe, á cambio de reconocer éste la soberanía del rey de España, á conquistarle las islas vecinas. En una de éstas, la de Matan ó Mactan, acometido por gran número de indígenas, fué muerto Magallanes con varios de sus compañeros. Tomó el mando de la expedición López de Carvalho, quien siguió adelante tocando en otras islas de las Filipinas, en Borneo y en las Molucas, donde hicieron cargamento de especias. De los tres buques que pasaron el canal ó estrecho de Magalla-